



De la fatalidad a la esperanza

Francisco Bobadilla Rodríguez¹

Susanna Tamaro, narradora italiana de pluma grata y horizontes amplios, recoge tres narraciones cortas en su libro *Respóndeme* (Barcelona, Seix Barral, 2002) cuyos personajes definen su perfil en sus aciertos y errores. No son historias de color rosa, son más bien relatos fuertes que sacan a la luz los claroscuros de la condición humana, invitando al lector a pensar más y, quizá, a vivir mejor.

La primera de las narraciones le da título a la obra. Es la historia de Rosa, una chica de 18 años que decide llevar adelante un embarazo, contra toda lógica humana. Su mamá fue una prostituta, la pierde cuando tenía 8 años. Se educa en un colegio de monjas que le dan cobijo, educación, pero no acaba de encontrar todo el calor humano que su desamparo le pedía. Los tíos, mayores ambos, la acogen con abnegación, aunque no son capaces de llenar el vacío afectivo de la niña, quien crece desarraigada, rebelde y sumida en soledad. Termina el colegio y huye de la casa. Después de dar tumbos por aquí y por allá, consigue emplearse en una familia joven que la contrata para que cuide de la hija pequeña. Encuentra, por fin, un hogar en donde no sólo recibe una paga, sino también afecto y reconocimiento. Los esposos son profesionales de éxito, cultos y afables. Franco, el cabeza de familia, es arquitecto, inteligente y siempre cordial.

Entre Franco y Rosa se va tramando una relación cada vez más estrecha. La agudeza mental, la vitalidad juvenil y un cierto desapego de Rosa, fascinan a Franco, quien se ve atraído

¹ Profesor Principal de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Piura, Perú, en las cátedras de Pensamiento Político, Pensamiento Económico, Deontología Empresarial y Doctrina Social de la Iglesia. (Ver más en nuestro link de Autores).

hacia ella. Hay amabilidad en el trato, pero no hay ternura ni sacrificio. Es una suerte de gozo que desborda salud, pero no eleva la temperatura espiritual del alma. Franco la introduce en el círculo de sus amistades, vividores refinados, que revolotean alrededor del fuego, sin dejar que sus llamas los alcancen. Son personajes con vida, pero sin alma; vida que pasa, pero no deja pozo. Inteligencias puras en estado de probeta, con el corazón aletargado, sin vínculos afectivos, sin vida comprometida.

Es subyugante uno de los diálogos de Franco con Rosa: “Has tenido el gran privilegio” me dijo un día -cuenta Rosa-, “de crecer sin amor. Por eso desde el principio, has podido ser libre. Miras las cosas y las ves como son. No tienes necesidad de construir extrañas teorías. El amor es una sustancia tóxica”, solía repetir, “porque te envenena interiormente y siempre te empuja a hacer lo que no quieres. Pero las personas como tú son libres. Sabes arreglártelas, salir adelante. Conquistas cualquier cosa como un barco rompehielos”.

Le he dado muchas vueltas a esta escena y de sólo pensarlo me deja una sensación de frío en el alma, quizás porque a pesar de su crudeza no le falta razón a Franco en lo que afirma. Mejor no se puede caracterizar el *cinismo*, propio de seres desencantados. Son como inteligencias desencarnadas que habitan un cuerpo, pero no son uno con él. Seres cuyos corazones son sólo bombas de sístoles y diástoles, incapaces de amar. Sólo una inteligencia desencarnada es capaz de dominar totalmente sus tendencias afectivas: la inteligencia manda y no hay sentimientos que la aten; se hace lo que se piensa, sin mediaciones ni interferencias. Los sentimientos son simples prisioneros del pensamiento, no hay nada que constriña la libertad. Cuando se anulan los afectos y las pasiones, lo que queda es un mecanismo que inexorablemente ejecuta su programa, todo es caída libre, no hay fricción que impida el movimiento infinito, ni agua que refracte la luz, todo es matemático, todo es necesario, sobran los adjetivos, es el reino de los sustantivos, de la función, de lo instrumental, de lo útil.

El cinismo desemboca en la fatalidad. Construye mundos con cero errores, pero grises y tristes. No hay novedad, no hay milagros, no hay misterio, sólo queda desolación. Un mundo

con ojos que ven, pero no brillan; manos que cogen, pero no acarician. Sí, la mirada del cínico es terriblemente objetiva, exacta, cruda, precisamente porque antes ha seccionado la realidad con el bisturí punzante de la lucidez desencantada. Tiene la agudeza y precisión del microscopio, pero le falta la perspectiva del águila, mira bien, porque mira al ras del suelo y de éste, sólo la superficie. Es una mirada que no sabe de ilusiones, porque todo ya lo tiene, llegará a tenerlo o no lo poseerá jamás. No sueña, calcula. El futuro es una simple ecuación o un silogismo cuya conclusión se sigue de modo necesario desde sus premisas. El cínico ve en una puesta de sol sólo un fenómeno que se sigue del movimiento rotatorio de la tierra sobre el sol; es incapaz de percibir unos corazones que palpitan de pura emoción y contento, celebrando las maravillas de su amor.

¿Y Rosa es así? Así lo pensé en un primer momento hasta que una colega me hizo notar que en realidad era Franco el que se estaba describiendo a sí mismo. Rosa, no obstante haber tenido una vida con escaso amor, no cesa de buscarlo, ha saboreado la crudeza de la soledad, sabe lo que es el frío del invierno en el alma, pero sigue siendo un alma enamorada y como tal, abierta a la esperanza, a pesar de los bandazos que da su vida. Sabe que su relación con Franco ha sido epidérmica, pero también comprende que el hijo que lleva en su seno es ahora el contenido de su misión y rehúsa abortar en contra del parecer de Franco.

Ciertamente, un corazón enamorado sabe de las delicias de la vida y también de sus dolores, ha vivido intensamente el encuentro con el otro, ha saltado de felicidad ante la flor sencilla que le arranca destellos de felicidad. Sus ojos enriquecidos con las risas y los llantos de la vida misma, miran la realidad de otro modo. Sabe leer en los silencios historias vivas que desbordan las palabras. Sabe que basta una sola mano que se tienda en el camino para que el futuro se abra a nuevos horizontes insospechados, preñados de amaneceres inéditos. Sueña con encontrar un día al príncipe de sus sueños o si es Penélope espera anhelante y laboriosa el regreso de su Ulises. La situación de Rosa no es precisamente la de un corazón enamorado, es más bien la de un corazón doliente y maltratado, pero que en su interior conserva un pequeño rescoldo de calor

que le dice “no eres un verso suelto, resiste, el amor te aguarda”.

Sin duda, el destino de cada ser humano es un gran misterio, de ahí que el fatalismo o la esperanza sean actitudes posibles en la trayectoria vital de los hombres. ¿Qué decirle a una persona que se presenta con heridas y cicatrices, que trae sobre sí una vida coronada de infortunios? Una situación así es sobrecogedora. Lo fácil y evidente es resignarse a la fatalidad (pesimismo) o enfrentarla en actitud arrogante (cinismo), pero en ambos casos falta la alegría y el derrumbe vital es inevitable. La salida es otra y se la ve cuando a pesar del dolor, del cansancio y de las lágrimas se mira hacia lo alto, como lo hace aquel otro personaje de la misma Susanna Tamaro (*Tobías y el ángel*): “Si estás aquí quiere decir que alguien te ha deseado. No sé quien, pero alguien lo ha hecho. Alguien tiene necesidad de tus ojos, de tus palabras. El destino -había respondido el ángel-, es una especie de largo ovillo de lana. Este ovillo poco a poco se desenrolla y construye la vida. A veces corre liso, a veces forma nudos. Lo importante es tener siempre el extremo en la mano. Un cabo de la madeja está en el puño del hombre y el otro está allá arriba, apretado en la mano infinita del Creador”. No son sólo palabras consoladoras, es la realidad más honda de la condición humana, es la esperanza como respuesta cabal a la fatalidad.